

ALONDRA

Alondra vivía en un delicado palacio de cristal, en la cúspide de un altísimo pico nevado rodeado de nubes. Alondra dormía en una enorme cama de plumas y se despertaba con los trinos de las más talentosas aves cantoras. Toda clase de pájaros acudían a visitarla y se encargaban de cumplir sus mínimos deseos. Venían de todos los rincones del mundo y le traían los manjares más exquisitos, los juguetes más ingeniosos, las ropas más finas, las joyas más rutilantes, los tesoros más extraordinarios.

Pero nada de esto la hacía feliz.

Por las mañanas, al levantarse, lo primero que hacía era correr a la torre más alta del palacio, y desde allí contemplaba el amanecer, y veía cómo los primeros rayos de la aurora doraban las nubes del este. Al caer la tarde, el sol incendiaba las nubes del poniente.

Esto era todo lo que podía ver desde su atalaya. Mirase donde mirase, sólo divisaba el eterno manto de nubes que se extendía a sus pies hasta más allá del horizonte, y que era todo cuanto rodeaba su mundo, un mundo de nubes con un corazón de cristal. Alondra desplegaba entonces las alas y volaba en torno al palacio, pero no se atrevía a ir muy lejos, y jamás había intentado traspasar el manto de nubes para ver qué había más abajo.

Aparte de las aves, Alondra era la única habitante del enorme palacio de cristal. Los pájaros la querían y la mimaban, pero no entendían su tristeza, porque la consideraban una de ellos.

—Está claro que ella se siente diferente —canturreó un ruiseñor.

—¿Pero, por qué, por qué? —gorjearon los gorriones—. Tiene alas como nosotros.

—Pero no es libre como los pájaros —graznó una gaviota—. Nunca se aleja de este palacio.

—Tampoco nosotros nos alejamos de nuestros nidos —trino un pinzón.

—¿Por qué ella es diferente? —insistieron los gorriones.

Cuando la reunión de aves se disolvió, nadie había logrado aún encontrar una respuesta a aquella pregunta.

Mientras tanto, Alondra estaba sentada sobre la balaustrada de uno de los balcones del palacio. Sus pies descalzos colgaban sobre el vacío, pero ella no estaba asustada. Contemplaba las nubes que rodeaban el pico montañoso sobre el que se erguía su palacio, como una aguja cristalina. Los rayos del sol atravesaban las paredes y formaban hermosos arcoirís sobre las nubes más cercanas.

Alondra suspiró. Alzó la cabeza y miró al horizonte.

—Tiene que haber algo más —se dijo—. Los pájaros que vienen a verme me traen regalos que nunca he visto en el palacio. Hay algo más allá de las nubes. Debería investigarlo.

Pero no se atrevió.

Día tras día contemplaba el horizonte. Una tarde decía:

—Mañana me iré.

Pero al día siguiente la interminable extensión de nubes le parecía aterradora.

Y, cuando ya creía que jamás se atrevería a abandonar su palacio, una mañana se puso en pie sobre la balaustrada, desplegó las alas y dijo:

—¡Adiós!

Y echó a volar.

Algunos pájaros la siguieron, creyendo que era un juego. Otros trataron de ganarla en aquella carrera. Pero, según avanzaba, los fue dejando atrás.

—¿A dónde vas, a dónde vas? —le preguntaban.

—¡Volveré! —era lo único que contestaba ella.

Pronto, sólo las aves más poderosas fueron capaces de seguirla: águilas, halcones, cóndores, gavilanes... Alondra brillaba entre todos ellos, volando, con el cabello al viento y un toque de color en las mejillas.

Una vez se detuvo para mirar atrás. Su palacio no era más que un débil resplandor en el horizonte. Las nubes seguían cubriéndolo todo, y Alondra se sintió inquieta.

—¿A dónde iré? —se preguntó.

Se dio cuenta entonces de que se había quedado sola, y tuvo miedo. Alzó la mirada y vio las primeras estrellas de la noche, pero le parecieron lejanas y frías. A sus pies sólo estaban las nubes.

—Tiene que ser por ahí —se dijo.

Respiró hondo y se lanzó en picado hacia la capa de nubes que nunca se había atrevido a atravesar.

Una humedad pegajosa la envolvió inmediatamente. Alondra se asustó, pero cerró los ojos y siguió descendiendo. Al cabo de un rato sintió que le costaba respirar y que tenía las alas tan mojadas que apenas podía volar. Se detuvo. Estaba rodeada por una niebla tan espesa que apenas podía verse los pies. Estuvo tentada de volver a subir, pero recordó los interminables días en el palacio, hizo acopio de fuerzas y batió las alas de nuevo.

Cuando ya creía que no aguantaría más, las nubes se abrieron y ella pudo respirar otra vez. Estaba cansada, muy cansada. Era de noche y apenas podía ver nada, pero sí pudo distinguir que a sus pies se extendía algo mucho más sólido que las nubes.

Vio árboles. Nunca antes los había visto, pero los pájaros le habían hablado mucho de ellos. Sabía también que los utilizaban para dormir, de modo que descendió hasta uno de ellos y se acomodó en su copa. El árbol movió las ramas para envolverla. Le hizo cosquillas con las hojas, y Alondra rió, más tranquila. Sin darse cuenta, se durmió.

La despertaron los trinos de las aves saludando al alba. Se desperezó, dispuesta a explorar aquel nuevo mundo. Sobrevoló el bosque y jugó con los pájaros, y vio a otras muchas criaturas que no conocía. Se sorprendió de que no tuviesen alas. Intentó entablar conversación con ellas, pero no comprendían su idioma.

Cuando se cansó, se acomodó sobre una rama y se dispuso a comer los frutos que los árboles le habían regalado. Entonces oyó voces extrañas y quiso asomarse para mirar.

—¡No lo hagas, niña pájaro! —le advirtió un pequeño tordo—. ¡Los humanos son peligrosos! ¡No deben verte!

—¡Pero entiendo lo que dicen! ¡Y no hablan como los pájaros!

El árbol también trató de retenerla, pero Alondra apartó sus ramas con delicadeza y se asomó a mirar.

Tres chicos caminaban por el bosque, bromeando entre ellos. Alondra los miró, muda de sorpresa. ¡Eran tan parecidos a ella! Pero Alondra se dio cuenta, horrorizada, de que ellos no tenían alas. ¿Qué habían hecho con sus alas? ¿Quién se las había quitado? ¿Cómo podían vivir sin ellas?

Uno de ellos alzó la mirada y la descubrió.

—¡Oye, tú! ¿Qué haces ahí arriba?

Alondra no respondió. Aquellos chicos sin alas le parecían seres incompletos, y le inspiraban miedo, horror, compasión... Quiso preguntarles qué les había pasado, pero se contuvo. Probablemente ellos no querían que les recordase que habían perdido las alas.

—¿Quién eres? —preguntó otro de los chicos—. Vistes de una forma muy extraña.

Alondra se miró a sí misma sin comprender. Las aves solían regalarle plumas bonitas para que tejiera con ellas ropas multicolores. En aquel momento llevaba puesta su más bella túnica de plumas.

—Soy Alondra —respondió.

Los chicos se rieron.

—¡Es verdad que pareces un pájaro ahí subida! ¿Por qué no bajas?

Animada, Alondra saltó desde lo alto del árbol y, extendiendo las alas, planeó hasta el suelo. Avanzó hacia los tres chicos, pero dejó de sonreír en cuanto vio que ellos la miraban con horror.

—Tienes... tienes alas —dijo uno de ellos.

Alondra dio unos pasos, sin comprender, pero ellos retrocedieron.

—¡Vete, no te acerques!

—¡Eres un bicho raro!

—¡Yo no soy rara! —exclamó Alondra, furiosa y dolida a la vez—. ¡Vosotros no tenéis alas, vosotros sois raros!

Pero ellos dieron media vuelta y echaron a correr.

Alondra se quedó sola, de pie, en el bosque.

—Has tenido suerte, niña pájaro —oyó la voz del tordo en su oído—. Pero no te acerques a los humanos. No son gente de fiar. Son crueles, embusteros y traidores. ¡Nos atrapan con redes, nos encierran en jaulas, se comen nuestros huevos, se nos comen a nosotros, nos quitan las plumas, destruyen nuestros nidos, nos...!

—¿Esos eran humanos? ¿Hay más como ellos?

—El mundo está lleno de ellos —suspiró el tordo—. Créeme, son una plaga para el mundo animal —añadió, antes de alejarse volando hacia el corazón del bosque.

Alondra se quedó allí unos días más, explorando todos los secretos de la floresta. Pero cuando volaba muy alto podía ver que a lo lejos el bosque se acababa, y el mundo seguía más allá. De modo que una mañana dejó atrás el bosque y sobrevoló los campos.

Vio muchas cosas a lo largo de su viaje, y vio más humanos. Algunos huían de ella, otros la perseguían, otros se frotaban los ojos como si no creyesen lo que estaban viendo. Ninguno de ellos tenía alas, y Alondra se preguntaba cómo era posible que no se diesen cuenta de que estaban incompletos, por qué no echaban de menos un par de alas de plumas a su espalda.

Un día vio una sombra gris a lo lejos, y se dirigió hacia allí.

Según avanzaba, las casas (aquellas casas de paredes macizas que construían los hombres a ras de suelo) eran cada vez más altas y estaban más juntas, había más ruido y más gente, y el aire era más difícil de respirar. Aquel lugar intimidaba a Alondra, de modo que trató de ir con cuidado, escondiéndose de la mirada de los humanos. Habló con los gorriones y las palomas, y descubrió que había llegado a la Ciudad.

Apenas dos días después, ya había decidido que no le gustaba. Aquella gente sin alas caminaba mirando al suelo y respiraba un aire extraño que volvía grises las plumas de los pájaros. Ella había tratado de imitar a los humanos, escondiendo sus alas bajo su túnica para caminar por el suelo junto a ellos, pero aún así llamaba su atención. Además, aquel suelo no era hierba, sino algo mucho más extraño. Alondra podía sentir que la tierra lloraba bajo el suelo de la Ciudad, asfixiada bajo el peso del asfalto.

“Ningún ave canta en la Ciudad”, pensó Alondra tristemente, un día que sobrevolaba los edificios de una tranquila zona residencial.

Pero en aquel momento escuchó un delicioso canto de pájaro, y, dando una voltereta en el aire de pura alegría, Alondra lo siguió.

El ave que cantaba era pequeña y de un suave color amarillo, y estaba posada en un palo, en el interior de una casa transparente, como el palacio de Alondra. Pero cuando se acercó más se dio cuenta de que la casa del pájaro no era transparente, sino que estaba constituida por una serie de barrotes de metal.

—Hola —dijo Alondra—. Soy Alondra. ¿Quién eres?

El pájaro dejó de cantar y le explicó que era un canario. Alondra le dijo que cantaba muy bien, y el canario se esponjó las plumas de orgullo. Hablaron de la Ciudad y de los humanos, y Alondra se enteró de que una familia de humanos alimentaba al canario todos los días. Pensó que tal vez no fuesen tan malos como le había dicho el tordo. Pero entonces se dio cuenta de que la casa del canario estaba cerrada.

—¿Cómo haces para salir de aquí?

—No puedo salir. Esto es una jaula. Estoy siempre aquí dentro.

—¿No sales? —dijo Alondra horrorizada—. ¡Pero eso es espantoso! ¿Quién te ha encerrado ahí dentro?

El canario la miró extrañado.

—¿No está claro? Los humanos.

Alondra se apresuró a abrir la puerta de la jaula. El canario saltó de un barrote a otro, nervioso e indeciso.

—Escápate, vamos. Huye. Sé libre.

—No quiero. Estoy bien aquí. Me dan de comer y de beber, me limpian mi casa, me protegen si llueve o hace frío, me llevan al veterinario si estoy enfermo. ¿Para qué quiero salir ahí fuera y pasar hambre y frío? No es vida para mí. Cierra esa puerta. No conozco otra cosa. Cierra esa puerta. No quiero salir. Cierra esa puerta.

Con el corazón encogido, Alondra obedeció. Quiso decirle que más allá había un mundo nuevo, que el cielo era azul y los campos verdes. Quiso hablarle de todo cuanto había visto, pero calló,

porque comprendió que el canario nunca tendría valor para adentrarse en lo desconocido porque siempre había visto el mundo a través de aquellos barrotos. “Es como los humanos”, pensó. “No sabe que está incompleto. No quiere saberlo, porque tiene miedo de descubrir que una vez perdió algo importante que ya no puede recuperar”.

Iba a preguntarle si había más como él, cuando se oyó un chasquido y una ventana se abrió, y Alondra se encontró cara a cara con un niño humano. Alondra lo miró con desconfianza, y se preparó para echar a volar. Esperaba que gritara, que saliera huyendo, que tratara de cazarla, pero el niño sólo la miró y dijo:

—¿Eres un ángel?

Alondra no sabía lo que significaba esa palabra.

—Creo que no. Soy una niña pájaro.

—Ah, sí. Estabas hablando con Pikachu. Te he oído.

Alondra tardó un poco en darse cuenta de que Pikachu era el canario. Se preguntó qué clase de nombre sería ese. Iba a preguntarlo cuando el niño dijo:

—¿Hay más como tú?

Alondra se dio cuenta de que no lo sabía. Se dio cuenta de que a lo largo de su viaje había hallado aves y humanos, pero nunca humanos alados, o pájaros con cuerpo humano, o lo que quiera que fuera ella. Se dio cuenta de que entendía el lenguaje de aves y humanos, de que tenía cuerpo humano y alas de pájaro, y pensó que tal vez era ella la criatura incompleta, un ser medio humano y medio pájaro que no pertenecía a ninguna de las dos especies.

Se dio cuenta, por primera vez, de que era una rareza.

Asustada, echó a volar sin despedirse del niño ni del canario. Voló y voló, muy lejos, lejos de la Ciudad, lejos de los hombres. Llegó hasta el mar; le recordó a la vasta extensión de nubes que se divisaba desde su palacio, y no dudó en continuar volando, siempre adelante. No sabía hacia dónde iba, no sabía de qué estaba huyendo; sólo quería volar y volar, muy lejos, lejos de la Ciudad, lejos de los hombres.

Cuando la alcanzó la tormenta, estaba en altamar. Alondra luchó valerosamente, pero no pudo evitar quedar como una pluma a

merced del viento y de los elementos. Finalmente, cerró los ojos y se dejó llevar.

Cuando despertó, estaba seca y volaba sobre el mar azul a lomos de un enorme pájaro de alas gigantescas.

—¡Buenos días, niña pájaro! —la saludó el ave.

—Buenos días —murmuró Alondra—. ¿Quién eres?

—Soy un albatros. Te he rescatado del mar. Nunca había visto a nadie como tú, y eso que he corrido mucho mundo; dime, ¿de dónde vienes?

Alondra se sentía cómoda y segura entre las plumas del albatros. Apoyó la mejilla sobre su lomo y le contó toda su historia. El gran pájaro escuchó atentamente y después dijo:

—Tú no eres una rareza, Alondra. Tú eres especial. Cuando naciste, las aves comprendieron que tu existencia significaba una luz de esperanza para ellas. Te han cuidado y te han protegido porque eres la prueba de que, una vez, los hombres y los pájaros fueron hermanos. Pero, aunque el hombre sigue escuchando los cantos de los pájaros, ya no los comprende. Nos mira con envidia y construye artefactos para poder volar como nosotros, sin saber que ése no es el camino. Pero el hecho de que exista un ser como tú es una señal de que, algún día, las cosas pueden volver a ser como antaño, y tal vez aves y humanos encuentren un hogar común que puedan compartir en paz, más allá de las nubes.

Alondra meditó las palabras del albatros y las encontró muy sabias. Entonces desplegó las alas y dijo:

—Quiero viajar hasta ese lugar más allá de las nubes. ¿Me acompañarás?

El albatros rió.

—¿No es allá de donde vienes?

—Sí. Allí no hay humanos, porque los humanos no saben volar. Pero, si yo fui la primera, tal vez luego vendrán más. Los esperaré. Y cuando lleguen, viviremos todos juntos, pájaros y humanos, y fundaremos una Ciudad de Cristal donde el cielo sea azul y siempre canten los pájaros libres.

El albatros rió de nuevo. Alondra batió las alas y se elevó en el aire, y juntos volaron hacia el sol poniente, de regreso al palacio de cristal.

Y, según cuentan los cuentos, allí siguen todavía, esperando a nuevos humanos con alas que hablen con los pájaros y sepan que ese lugar existe, en la cúspide de un altísimo pico nevado, rodeado de un manto de nubes.

LAURA GALLEGO GARCÍA